



LA BIBLIOTECA

BOLETÍN MENSUAL

CLUB CATÓLICO

AÑO I.

MONTEVIDEO, JUNIO DE 1915.

NÚM. 1.

EN EL ESTRIBO

Al revés de como suelen empezar los editoriales primeros de revistas y los prólogos algunos escritores, la redacción de LA BIBLIOTECA dice que no aspira a llenar ningún vacío ni viene a satisfacer una sentida necesidad. Decir qué será una publicación tan breve y sin pretensiones, nos parece que sería decir mucho y profetizar sobre lo que ignoramos. Más fácil, sin género de duda decir qué cosa es, y, como deseo, nada más, apuntar lo que intenta seguir siendo.

Aquel adagio que adoptó e hizo suyo el general San Martín, "serás lo que has de ser y sino no serás nada", bien pudiera tomarse como cifra de LA BIBLIOTECA que al presente no tiene ni merece otro calificativo que el de *Boletín bibliográfico hispanoamericano*; y eso quiere ser hasta el fin de sus días.

Pero si saliendo de la esfera íntima y propulsora de esta publicación se echa una ojeada por el campo de las letras uruguayas de hoy, el menos lince descubre que no existe una hoja impresa y periódica de la índole de ésta, o mejor, no descubre nada; y entonces LA BIBLIOTECA parecerá menos pequeña, no tan mala y con algo que la vuelva simpática a los ojos de los de casa y leída con un tanto de benevolencia por los de afuera.

Día llegará, ahora sí nuestra fe patriótica augura, en que Montevideo entregue a los cuatro ámbitos del mundo revistas científicas enriquecidas con los estudios de sus sabios, historiadores, filósofos, artistas; en que cambiemos el oro de divinos pensamientos de ciencia y arte por otros preciosos metales labrados por inteligencias lejanas. Para entonces ¿qué valdrán los números de nuestro boletín? Pero habremos precedido la marcha, aunque rodeados de obscuridad.

Recíbannos nuestras hermanas mayores las publicaciones de estudio americanas, que nosotros procuraremos ceñirnos el sayal del peregrino que canta las bellezas de la fraternidad ideal de una raza a quien separan montañas de granito, pero a la cual amenazan dividir las montañas de ideas emergidas de cuevas soterrañas y tenebrosas, esas invasiones del utilitarismo, esas brisas impregnadas de envidias, esos atisbos de tempestad del suelo americano.

Sepamos los unos qué escriben los otros, leámosnos sin descanso, comuniquemos las almas nuevas de nuestras patrias mirando hacia la Madre común la grande España, la España -niña que siente Rodó, que ha dormido en su pasado realidades eternas...

Todo lo hará la bibliografía, la transubstanciación de las energías y de los sentimientos a fin de que se cumpla en la idea la unidad de la palabra: *Hispanoamérica*.

Así, pues, a ese objeto nobilísimo se encaminan nuestros pensamientos, al hispanismo cristiano, a la penetración cultural de pueblos de este continente; si parecen holgados para la pequeñez de lo obtenido ahora, admírense los que así piensan de la inminencia del peligro si los medios son risibles o insuficientes.

Al inaugurar el imperialista Roosevelt el monumento pan-americano en Washington, dijo que las naciones hispanoamericanas eran en realidad las mayorazgas de Yanquilandia, y su civilización más antigua. Elogio no fué, fué ironía para el conecedor de los ardides del *cazador de Africa*... No cree sean las naciones del Sur jóvenes sino decrepitas. Como a seniles nos trató.

Nuestra honra está comprometida; hay que estudiar para desentronizar la petulancia extranjera; sólo la verdad de la ciencia nos hará libres.

Los antiguos caballeros besaban el guión castellano puesto el pie derecho en el estribo del bridón impetuoso.

Besemos los hispanoamericanos la cruz roja en campo de plata de Castilla, porque no simboliza una patria de términos visibles, simboliza una civilización.

LA BIBLIOTECA VATICANA

Las suntuosas estancias que los Papas destinan como asiento de la Biblioteca Apostólica Vaticana serán objeto de un ligero examen bastante a dar idea de su instalación y de su historia.

Esta hay que buscarla en los tiempos inmediatos a la traslación de San Pedro a Roma. El Papa San Clemente, sucesor de San Lino discípulo de aquél, creó la categoría de notarios eclesiásticos en las

distintas barriadas de la Urbe eterna con encargo de llevar al día y sin error apreciable las Actas gloriosas del Martirologio cristiano.

Hecha la paz universal de la Iglesia por el acto de tolerancia del emperador Constantino, San Silvestre Papa mandó recoger todos los códigos y papeles, tarea que formalizó su sucesor Julio en el 336 al disponer la colección de obras religiosas de los primitivos doctores eclesiásticos. Estos papeles se recogían en la librería literanense, y consta haber sido notables organizadores de ella Anastasio y el que después de ser bibliotecario llegó a Pontífice con el nombre de Gregorio, santo.

Las repetidas correrías de los vándalos y ostrogodos a la ciudad Imperial durante los siglos de la primera Edad Media, hicieron que la Biblioteca pontificia padeciera toda suerte de desgracias y deterioros, extraviándose muchos códigos antiguos de la época Augusta, y siendo por fin arrinconada en sitios impropios donde se tomó de humedad y polvo.

Bajo el pontificado de San Zacarías, en el año de 741, la biblioteca fué restaurada de las injurias del tiempo y de los hombres. Vino entonces un largo período que la historia recuerda con el nombre de Cautividad de los Papas en Aviñon; Clemente V hubo de trasladar bajo la tutela del Rey de Francia la Sede Apostólica, y la Biblioteca también acompañó a los Papas durante esa cautividad tan dañosa a la Iglesia, casi ocho siglos.

En el año 1417, disuelto por fortuna el cisma último y peligroso de tres Papas, y reconocido en Roma Martín V, este Pontífice no quiso que la rica Biblioteca quedase en Aviñon y la hizo traer a Roma instalándola esta vez en el palacio del Vaticano. A Nicolás V se debe el mayor aumento de la Biblioteca: envió por Europa en misión de letras a hombres entendidos para proveer de libros la Biblioteca Vaticana, se mostró benévolo con los escritores, imprimió obras raras y curiosas a expensas de su tesoro, y merced a esos actos de celo literario fué que Poggio, florentino, encontró las perdidas obras de Quintiliano; Enoch Ascolano trajo a Marco Celio, Apicio y Porfirión, célebre comentador de Horacio. Llamó a hombres de buenas letras para traducir y comentar los grandes autores.

Bajo Sixto V, verdadero fundador de la Biblioteca Vaticana, fué bibliotecario el célebre Platina y luego Giovanni Buzi obispo alariense, personaje benemérito de las ciencias, según reza una inscripción que hay en la misma biblioteca.

León X que renovó el arte y lo llevó a su nueva edad dorada, fué un gran benefactor de las letras y de la filosofía, como lo atestigua la Historia de manera concluyente. Nombró este magno Pontífice, Bibliotecario de la Vaticana al joven Bercaldo; Agustín Nifo de Sezze leyó Filosofía; Cristóforo Aretino leyó y profesó Medicina; Girolamo Potticella, Leyes; Juan Parrasio, Letras latinas; y el

griego, Basilio Corcondile hijo de Demetrio. Merced a este movimiento de la Italia del Renacimiento del siglo XVI, la Biblioteca Vaticana recibió cantidades de preciosísimos libros de lo mejor que salieron de las primeras imprentas europeas.

Entonces el Papa Sixto V inmortalizó su nombre al unirlo con la edificación suntuosa de la nueva fábrica para albergar tanto tesoro bibliográfico acopiado con tan incansable laboriosidad durante siglos. Hasta entonces la Biblioteca Vaticana ocupaba el "cortile del Belvedere", espacio reducido e impropio para tan importante oficina; y por eso la construcción de varias estancias amplias y ricamente decoradas, añadida a la creación de la Tipografía Vaticana, da mucho honor sobre aquel generoso Pontífice. Pablo V concedió a la Biblioteca y Tipografía las prebendas de Monasterio de Santa María de Venticano. Urbano VIII hizo transportar allí la Biblioteca paladina que regaló el Duque de Baviera Maximiliano a Gregorio XIV.

Desde entonces las colecciones aumentaron sin cesar hasta nuestros días. El jesuíta Globet aportó a la Biblioteca una suma grande de libros y manuscritos chinos, la cual se eleva a 4.800. La reina de Suecia regala a Alejandro VIII mil novecientos códigos rarísimos que estaban en su Archivo privado. Entonces se hizo necesario ampliar el soberbio edificio, y se encerraron en armarios ricamente tallados los nuevos contingentes bibliográficos y fueron depositados en una tercera estancia construída donde estuvo antes el jardín secreto llamado de Pigha.

Clemente XI restauró después las pinturas; Clemente XII agregó una cuarta estancia donde puso sus donaciones y las del bibliotecario vaticano, el purpurado Angelo María Querini. Benedicto XIV aumentóla con tres mil quinientos códigos de extremado valor. León XII compró la famosa biblioteca Cicognara que contiene más de 4.800 obras.

Tiene la Biblioteca Vaticana que tales maravillas encierra una forma curiosa, debido a haber sido aprovechadas construcciones antiguas para construirla definitivamente; tiene la forma de una T griega. La primera estancia tiene acceso por una gran puerta de hierro sobre cuyo dintel se lee: SIXTI V BIBLIOTHECA VATICANA; y la primera estancia es de largo doble, y está decorada regiamente. Pintó Marco de Faenza, hizo los grotescos Cherubino Alberti, y los países Paolo Brilli.

No nos corresponde describir la parte artística y así sólo diremos que están pintadas en la entrada, primera estancia, las ocho sibilas de la antigüedad: Cumea, Delfica, Triburtina, Eritrea, Frigia, Samia y Persa.

La longitud de la Biblioteca Vaticana es de 387 palmos y sus brazos laterales alcanzan a 1.263. Como se ve su grandiosidad es innegable.

BIBLIOGRAFIA
DEL DOCTOR MARIANO SOLER

ADVERTENCIA. — Estas anotaciones constituyen un ensayo de bibliografía de todas las producciones que revisten la forma de libro o folleto del ilustre primer Arzobispo de Montevideo, el doctor Mariano Soler, nacido en la Villa de San Carlos, departamento de Maldonado, el año 1846, y fallecido de regreso a la patria a bordo del vapor "Umbría" el día 26 de Septiembre de 1908.

Faltan aquí los artículos de revistas y de diarios; los discursos de los congresos católicos, y los que a otras solemnidades se refieren; los impresos en los diarios de sesiones del Cuerpo Legislativo, al cual perteneció un tiempo, producciones éstas de sumo interés porque ellas nos permiten conocer en sus líneas precisas la silueta del periodista, del legislador, del gran discípulo y confidente de León XIII en la obra de propaganda de la democracia cristiana y de iniciador de la política social católica en nuestra tierra. Seguramente que este ensayo es incompleto a pesar de mi curiosidad y mi empeño en vencer algunas dificultades fáciles de suponer, tratándose de un escritor tan fecundo, desordenado y vario, cuyos libros editados en muy corto número de ejemplares y con destino privado, fueron rarísimos los que se destinaron a la venta.

De los que produjo últimamente abundan los ejemplares disponibles; no así de los mejores que brotaron de su docta pluma, especialmente "La América precolombiana", obra buscadísima, por sus méritos y rareza en el mercado.

Sólo diré con seguridad que la colección de sus libros y folletos de mi biblioteca es más completa que la de la Nacional y la Eclesiástica, y en ella no falta ninguna producción notable de su pluma.

El gran respeto que siempre he tenido por nuestro Monseñor Soler, además del interés y simpatía, me han hecho tomar la pluma más de una vez para apuntar al margen de mis estudios de aula — ¡bien sabe Dios cuán distintos de achaques bibliográficos! — detalles, episodios, proyectos, libros e ideas que pertenecen a este gran ciudadano del Uruguay. Y de esa curiosidad ha nacido una colección bastante completa de publicaciones, las cuales permiten conocer el desarrollo de sus ideas y de sus obras, pues creo que su vida tan pródiga en loables pensamientos y hechos meritorios, que por dicha se prometen un género de modesta inmortalidad, está con más certeza escrita en los propios libros del doctor Soler.

Hice estos apuntes según orden cronológico, y se añade casi siempre alguna observación ligera a modo de comentario cuando el libro lo merece, guardando la mayor rigurosidad en las menudencias del oficio. Mi intento será trazar "la his-

toria externa", como diría don Marcelino Menéndez y Pelayo, de la labor intelectual del doctor Soler, de tal modo que pueda ser considerada como preparación indispensable para el conocimiento de "la historia interna", sobre la cual ya tengo muchos apuntes, aunque no madurados todavía.

La bibliografía será útil cuando llegue la hora, desde ya muy deseada, de la publicación de las obras escogidas del doctor Soler, y tampoco será inútil a quien escriba su biografía.

Sirvan estas páginas, por ahora, como prueba clara de mi homenaje al varón santo y docto que durante más de treinta años presidió y encauzó el pensamiento y la acción católicos del Uruguay.

Juan Antonio Collazo.

(Se continuará).

EL CONGRESO DE BIBLIOGRAFIA
AMERICANA

Los diez y siete Congresos americanistas realizados han dejado evidenciadas dos orientaciones claras e indudables respecto de su fruto: la comunicación plausibilísima de unos ingenios con otros y la conveniencia de que esos lazos tan gratos no se enfríen poco a poco hasta un nuevo Congreso científico. El medio consiste en celebrar una Junta para tratar de mantener esos lazos de comunidad intelectual de país a país, el logro de aquí para siempre de una corriente perdurable de cariños que tengan más de familiares que de diplomáticos, más de afectuosos que de mera cortesía de huésped.

El Congreso de Historia y Bibliografía que se reunirá en Julio del año que viene en Buenos Aires y Tucumán, aspira, y así lo pregonan sus programas, a ese hermoso resultado entre otros no menos interesantes.

El Club Católico no podía permanecer indiferente a esos trabajos de fraternidad americana y se puso al habla por medio de su Bibliotecario con la Comisión Organizadora de dicho Congreso. A la nota que desde aquí se envió a su Presidente, el doctor Nicolás Sarmiento, éste respondió con la siguiente comunicación en que al paso que hace justicia a las intenciones del Club Católico le invita a concurrir al Certamen anunciado donde se darán cita los americanos del Norte, del Sur y del Centro del Continente, y brinda con toda cortesía para la sala de lectura del Club la revista de la Universidad Popular de Buenos Aires.

He aquí la citada comunicación, que haremos

seguir de la Circular del Congreso de Historia y Bibliografía:

“Buenos Aires, Mayo 25 de 1915. — Señor Mario Falcao Espalter. — Tengo el agrado de acusar recibo a su atenta comunicación y agradecer sus amables conceptos sobre esta obra de ciencia y de confraternidad americana en que estamos empeñados. También agradezco la cooperación de esa benemérita Institución, a la que invitaremos a tomar parte en el Congreso, como la suya personal. Le envío un programa del Congreso, esperando haga la propaganda debida a tan noble idea. Con mucho gusto le enviaré la revista de la Universidad Popular y espero el Boletín del Club. Siento no haber recibido su libro que dice me remite; sin duda se habrá extraviado. Quedo a sus gratas órdenes y me complazco en saludarlo muy atte. (Firmado): N. Sarmiento, Presidente de la C. Ejecutiva.”

Montevideo, Mayo 31 de 1915. — Se leyó en la sesión de la fecha. — *Terra Arocena*, Secretaric.

NUESTRO DOCUMENTO

En cada número publicaremos uno o más documentos históricos de todo punto inéditos, a no ser que advirtamos lo contrario.

El que hoy publicamos viene en oportunidad muy especial, pues trata de la Basílica Catedral de Montevideo, dañada en su estética y en su luz por una construcción mercantil hecha entre dos de sus cuatro contrafuertes, en el costado Sur.

Es de esperarse que la acción enérgica de la prestigiosa Comisión Nacional formada para obtener la expropiación de la parcela edificada y la poderosa dialéctica del doctor Duvimioso Terra, defensor y paladín incansable en la Cámara de Diputados, tenga eficacia bastante para devolver al severo edificio religiosa la pureza de sus líneas neoclásicas.

La nota que se transcribe ahora es de puño y letra del doctor Dámaso Larrañaga, a la sazón Vicario de la Banda o Provincia Oriental por delegación pontificia. El padre Larrañaga es uno de los sabios más grandes de América, espíritu perfectamente comparable a Francisco José Caldas por sus descubrimientos botánicos y zoológicos. Aquí aparece nada más que como sacerdote celoso por la conservación de su Templo parroquial amenazado de graves perjuicios por la incuria del tiempo, cómplice de los hombres.

Es muy interesante hacer notar que el doctor Mariano Soler, sabio, primer Arzobispo de Montevideo, proyectaba levantar en el sitio hoy ocupado por la sastrería Spera, el Panteón de Obispos de

esta ciudad, realizando así sin saberlo una idea semejante de Larrañaga, expuesta en el documento insertado ahora, el cual, copiado fielmente, dice así:

Se comisionó p.^r el Gov.^o al Sor. Regidor Vidal p.^a resolver sobre esta solicitud.

“Excmo. Señor:

“La Iglesia Matriz de la Capital de la Provincia Oriental, de la que en el día me hallo encargado como su Cura y Vicario, se halla en la mayor indigencia y confundida en su culto con las más pobres Parroquias de ella, careciendo aun, de muchas cosas que acabo de observar, disfrutan otros Curatos de la Campaña, desprovistos de aquellos grandes recursos que tiene esta Ciudad, y que no cuentan con la devoción de su corto vecindario.

“Carecemos, Excmo. Señor, de un lugar Santo en que depositar los huesos de nuestros Padres, de nuestros hermanos, y aun de nosotros mismos, para esperar allí la voz del Omnipotente que debe animarlos y colocarlos en el trono de su gloria.

“El que tenemos está todo en ruinas y debe por ahora repararse.

“El magnífico templo de nuestra Matriz, eterno monumento de nuestra generosa devoción, y uno de los mayores ornamentos de esta ciudad, está expuesto a detrimentos incalculables por la mucha agua que se filtra por las ventanas faltas de vidrios, y que se advierte hacer ya mucha impresión en sus obras y ornatos de yeso. El frío y demás intemperies de la estación hacen ingrata é inhabitable este lugar sagrado, despidiendo á los fieles cuando debía ser el centro de nuestra reunión y de nuestro consuelo en medio de las calamidades presentes. No podemos entonar nuestras alabanzas ni nuestros himnos al Ser Supremo con aquella solemnidad que antes se acostumbraba, y como ahora más que nunca nos corresponde por el derecho de Capital de Provincia, por hallarse enteramente desprovista de órgano. En fin, Excmo. Señor, no es mi ánimo afligir más el compasivo y devoto corazón de V. E., exponiendo un cúmulo de necesidades espirituales, y sólo me resta indicar á V. E. que las anteriores podrán en gran parte remediarse si V. E. tiene á bien, como espero, ordenar que se entregue á mi Iglesia el Noveno y medio que le corresponde de los Diezmos y que podrá regularse por la nota que acompaño del producto de los últimos seis años de que hay constancia en las cuentas de Fábrica. — Dios guarue á V. E. muchos años. — Montevideo, Julio 13 de 1815. — *Dámaso Ant.º Larrañaga*. — Al Excmo. Cabil... Just... y Re... de esta Cap...”